
1853

Los proscritos mueren.-La guerra estalla.-Palabras de esperanza sobre las tumbas y sobre los pueblos.

I.

Ante la tumba de Juan Bousquet.

(En el cementerio de San Juan.)

Jersey 20 Abril 1853.

Ciudadanos, venimos aquí á dar el último adios á Juan Bousquet, que fué enérgico soldado de la democracia. Hemos visto morir poco á poco entre nosotros á ese proscrito inflexible. La enfermedad le roía; sentía lentamente que le envenenaba el recuerdo de todo lo que dejaba en el mundo al abandonar la vida; podía haber vuelto á reunirse con los séres ausentes, en los sitios queridos, en su pais natal y en su casa; podía haber regresado á Francia pronunciando una sola palabra y haber recibido la humillacion execrable que Bonaparte llama amnistía y que dignamente rechazó, y ha muerto á los treinta y cuatro años.

Ahí le teneis en el ataud.

No añadiré ni un elogio á su vida sencilla ni á su muerte digna. ¡Que descanse en paz en la fosa que va á cubrir la tierra y que su alma vuele á realizar las esperanzas que deben conseguirse despues de morir!...

Que duerma en paz ese republicano y que comprenda el pueblo que existen corazones puros y altivos, que se sacrifican por su causa: que sepa la República que hay quien prefiere morir por ella á abandonarla: que sepa la Francia que hay quien muere porque no puede volverla á ver.

TOMO IV.

Que repose ese patriota en tierra extranjera, y nosotros, sus compañeros de lucha y de adversidad, que le hemos cerrado los ojos, si nos preguntan su ciudad natal, su familia y sus amigos: ¿Dónde está? responderemos: Murió en el destierro; como los soldados respondian cuando les preguntaban por Latour d' Auvergne: Murió en el campo del honor.

Ciudadanos, actualmente en Francia prevalecen los apóstatas. La nacion del 14 de Julio y del 10 de Agosto presencia el desarrollo vergonzoso de las liviandades y la marcha triunfal de los traidores. Todas las indignidades reciben inmediatamente recompensa. Al maire que viola la ley, le nombran prefecto; al soldado que deshonra la bandera, le ascienden á general; al sacerdote que vende la religion, le nombran obispo; al juez que prostituye la justicia, le nombran senador; un aventurero que es príncipe, que ha cometido todos los crímenes, desde las felonías que avergonzarian á un ratero hasta los horrores que harian retroceder á un asesino, se proclama emperador. Alrededor de todos esos hombres todo son músicas, banquetes, danzas, aplausos y genuflexiones. El servilismo felicita á la ignominia. Ciudadanos, si esos hombres celebran sus fiestas, nosotros celebramos las nuestras. Cuando uno de nuestros compañeros de destierro, devorado por la nostalgia, agostado por la fiebre lenta de haber perdido sus hábitos y de ver destrozadas sus afecciones, despues de haber bebido hasta las heces las agonias de la proscripcion, sucumbe al fin y muere, seguimos su féretro cubierto con paño

50

negro, venimos ante su fosa y nos arrodillamos ante su tumba, é inclinándonos hácia el cadáver de nuestro hermano, le decimos:—"Te felicitamos porque has sido valiente, generoso é intrépido; te felicitamos por haber sido fiel, te felicitamos por haber muerto."—Después nos levantamos y salimos del cementerio con el corazón inundado de sombría satisfacción. Estas son las fiestas del destierro.

Tal es el pensamiento austero y severo que vive en el fondo de nuestras almas, y ante ese sepulcro, ante ese abismo que traga al hombre, vemos que se consolidan nuestros principios; que el hombre de convicciones no tiene nunca el pié tan seguro como sobre la tierra movediza de la tumba, y contemplando á ese muerto, á ese sér desvanecido, á esa sombra que pasó, creyentes inquebrantables, glorificamos á la que es inmortal y al que es eterno, á la libertad y á Dios.

A Dios, sí. Nunca debe cerrarse una tumba sin que antes esa gran palabra viva caiga en ella. Los muertos la reclaman y no se la debemos rehusar. Que lo comprenda así el pueblo religioso y libre en que vivimos; los hombres del progreso, de la democracia y de la revolución saben que es doble el destino del alma, y la abnegación que manifiestan en esta vida prueba que cuentan con conseguir la otra. La fé que tienen en el grandioso y misterioso porvenir se resiste hasta el espectáculo repulsivo que nos ofrece desde el 2 de Diciembre el clero católico esclavizado. El papismo romano espanta en estos momentos la conciencia humana. Lo digo con amargo sentimiento: al ver tanta aflicción y tanta vergüenza; al ver prelados que por el oro, por palacios y por mitras, por el amor á los bienes temporales bendicen y glorifican el perjurio y la traición; al ver esas iglesias en las que se canta el *Te Deum* al crimen coronado, esas iglesias y esos sacerdotes bastarian para hacer perder las más firmes convicciones á las almas religiosas, si no estuvieran, por encima de la Iglesia, el cielo, y por encima del sacerdote, Dios.

Ciudadanos, en el umbral de esta tumba abierta, y entre la multitud recogida que rodea esta fosa, ha llegado el momento de sembrar una palabra grave y solemne, para que germine en todas las conciencias.

En los momentos actuales, el principio absolutista, el principio anticuado del

ayer, triunfa fatalmente en toda Europa; triunfa como él sabe triunfar, con el auxilio de la espada, del hacha, de la cuerda y del tajo; de las matanzas, de los fusilamientos y de los suplicios. El despotismo es un Moloc rodeado de osamentas, que celebra á la luz del sol sus espantosos misterios, bajo el pontificado sangriento de los Haynau, de los Bonaparte y de los Radetzky. Se levantan patíbulos en Hungría, en la Lombardia y en Sicilia, y en Francia se castiga con la guillotina, con la deportación y con el destierro. Solo en los Estados del Papa, en tres años han muerto fusilados ó ahorcados seiscientos cuarenta y cuatro patriotas; esta cifra es auténtica y en ella no entran los innumerables presos que han muerto en los calabozos y en las mazmorras. En la actualidad, como en los tiempos más odiosos de la historia, el continente está lleno de patíbulos y de cadáveres, y si un día quisiera la revolución formar una bandera de las mortajas de todas las víctimas, la sombra de esta bandera negra cubriría toda la Europa. La sangre que en todas partes corre á torrentes es la vuestra, demócratas.

En presencia de esa saturnal lúgubre, en presencia de esos tribunales infames, en los que se sientan asesinos revestidos de jueces; en presencia de todos esos cadáveres queridos y sagrados, en presencia de la feroz victoria de las reacciones, declaro solemnemente, en nombre de los proscritos de Jersey, que me han dado esta misión, y en nombre de todos los proscritos republicanos, ante el ataúd de un proscrito, que nosotros, las víctimas, abjuramos desde ahora para cuando llegue el día próximo é inevitable de nuestro triunfo de toda idea de represalias sangrientas.

Castigaremos á los culpables, les castigaremos severamente si es preciso, pero no cortaremos ninguna cabeza; ni una gota de sangre, ni una salpicadura del cadalso manchará la túnica inmaculada de la República de Febrero. El progreso respetará hasta la cabeza del bandido del 2 de Diciembre. La revolución hará que ese hombre sirva de gran ejemplo, cambiando su púrpura de emperador por el uniforme del forzado. No nos vengaremos del patíbulo con el patíbulo, porque rechazamos la pena del Talion, que con la monarquía forma parte del pasado, y la repudiamos. La pena de muerte, gloriosamente abolida por la República de 1848, que restableció odiosamente Luis

Napoleon, quedará abolida para siempre. Hemos traído al destierro el depósito sagrado del progreso y lo devolveremos fielmente á la Francia. Lo que pedimos al porvenir es justicia y no venganza. Por otra parte, así como para cobrar horror á las orgías bastaba á los hijos de Esparta ver embriagados á los esclavos, nos basta á los republicanos, para que nos horroricen los patíbulos, ver á los reyes ébrios de sangre.

Declaramos, poniendo por testigo á este mar que une á Jersey con Francia, á estos campos, á esta apacible naturaleza que nos rodea, á esta libre Inglaterra que nos escucha, que los hombres de la revolución, digan lo que quieran las abominables calumnias bonapartistas, entrarán en Francia, no como exterminadores, sino como hermanos. Tomamos también por testimonio de nuestras palabras el cielo brillante que nos cubre y que derrama en nuestras almas pensamientos de concordia y de paz, y á ese cadáver que está en la fosa, y que mientras yo hablo murmura en voz baja: "Sí, hermanos míos, rechazad la pena de muerte; yo la sufro, pero no quiero que nadie la sufra".

La República es la unión, la unidad, la armonía, el trabajo que crea el bienestar, la supresión de los conflictos de hombre á hombre y de nación á nación, el fin de las explotaciones inhumanas, la abolición de la pena de muerte y el establecimiento de la ley de la vida.

Ciudadanos, sé que á todos os anima este mismo pensamiento, del que ahora soy intérprete; ha pasado ya el tiempo de las terribles necesidades revolucionarias, y para lo que resta por hacer basta con la indomable ley del progreso.

Ciudadanos, está próxima á llegar la época de la disolución del mundo antiguo. Los anticuados despotismos están ya condenados por ley providencial; el tiempo, que es el enterrador que está encorvado en la oscuridad, los está enterrando, y cada día que pasa los vá hundiendo más en la nada. Dios arroja los años sobre los tronos, como nosotros arrojamos paladas de tierra sobre los ataúdes.

Y ahora, hermanos míos, que llega el momento de separarnos, lancemos el grito de triunfo, que, como os dije hace pocos meses hablándoos de Polonia, ante las tumbas es donde debe hablarse de resurrección. Os repito que el próximo porvenir nos promete en Francia la victoria de la idea democrática; nos prome-

te más, nos promete en todos los climas y en todos los continentes, así de América como de Europa, el fin de todas las opresiones y de todas las esclavitudes. Después de las rudas pruebas que hemos sufrido necesitamos, no solo la emancipación de esta ó de aquella clase que ha padecido durante mucho tiempo; no solo la abolición de algún privilegio ó la consagración de algún derecho, que esto lo obtendremos, pero esto no nos basta; necesitamos la libertad de todos los pueblos y la emancipación de todos los hombres. Nuestros sufrimientos comprometen á Dios á darnos la recompensa; es un deudor leal y pagará. Tengamos en él fé viril y sacrifiquémonos con confianza. Oprimidos de todas las naciones, presentad vuestras llagas; poloneses, ofreced vuestras miserias; húngaros, ofreced vuestra horca; italianos, ofreced vuestra cruz; heróicos hermanos nuestros, deportados á Cayena y á Africa, ofreced vuestras cadenas; proscritos, ofreced vuestra proscricción, y tú, mártir, ofrece tu muerte para salvar la libertad del género humano.

II.

Ante la tumba de Luisa Julien.

(Cementerio de San Juan.)

26 Julio 1853.

Ciudadanos:

Hemos acompañado tres féretros en cuatro meses: la muerte tiene prisa y Dios nos entrega uno á uno; pero no por esto le acusamos; al contrario, le damos las gracias, porque abre á los desterrados las puertas de la patria eterna.

Hoy es una mujer el sér inanimado que conducimos á la tumba.

El 21 de Enero último, Boudrot, comisario de policía de Paris, arrestó en su casa á una mujer. Era jóven todavía, no contaba más que treinta y cinco años, pero estaba estropeada y enferma: la enviaron á la Prefectura y la encerraron en la celda número 1, llamada *celda de prueba*. Es una especie de jaula, próximamente de siete piés cuadrados, en la que no penetra el aire ni la luz: la desgraciada la llamaba *célula-tumba*, y decía: "En ella, estando estropeada y enferma, pasé veintinueve días con los labios pegados á la reja de la ventana para aspirar un poco de aire y no morir".

Después de esos veinte días, el 14 de Febrero, el gobierno de Diciembre sacó de ese encierro á la mujer y la expulsó, haciéndola salir de la cárcel y de la patria. La proscrita salió del calabozo con los gérmenes de la tisis. Abandonó la Francia y llegó á Bélgica; su pobreza la obligó á viajar, tosiendo, arrojando sangre, con los pulmones enfermos, en pleno invierno y por el Norte, en esos wagones ruines y descubiertos, que son la deshonra de las ricas empresas de los caminos de hierro. Llegó á Ostende, y así como fué lanzada de Francia, lo fué también de Bélgica, y pasó á Inglaterra. En cuanto llegó á Londres se metió en la cama. La enfermedad que adquirió en el calabozo la agravó el viaje forzado del destierro y se convirtió en enfermedad peligrosa; la pobre proscrita tuvo que quedarse en el lecho durante dos meses y medio. Algo restablecida cuando llegó la primavera, vino á Jersey. Todos recordamos cómo entró en la isla una mañana fría y lluviosa, tiritando de frío, enronquecida y calada por la lluvia.

Pocos días después de su llegada se acostó para no volverse á levantar.

Ha muerto hace tres días.

Me preguntareis qué delito cometió esa mujer para que la trataran de ese modo, y os lo voy á decir.

Luisa Julien era célebre en los arrabales de París, donde inspiraba cordiales simpatías por entonar canciones patrióticas y por improvisar canciones cívicas; era popular y el pueblo la aplaudía. Siendo una pobre trabajadora, mantenía á su madre, que estaba enferma, y la cuidó y la sostuvo por espacio de diez años. Durante los días de la guerra civil hacia hilas, y la desdichada, coja, arrastrándose, se presentaba en todas las ambulancias y socorria á los heridos de los dos partidos. Esa mujer era poetisa, tenía ingenio, entonaba cantares á la República, era amante de la libertad, creía en Dios, en el pueblo, en el progreso y en la Francia, y vertía en los espíritus de los proletarios su gran corazón, lleno de amor y de fé. Ese era su delito. Bonaparte la ha asesinado.

Ciudadanos, los pueblos, con el legítimo orgullo de su poder y de su derecho, construyen de mármol y de granito edificios sonoros, majestuosos recintos, sublimes estrados, desde los que habla su génio, desde los que derraman en todos los corazones la elocuencia santa del patriotismo, del progreso y de la libertad;

los pueblos, creyendo que les basta ser soberanos para ser invencibles, creen que son inexpugnables esas ciudadelas de la palabra, esas fortalezas sagradas de la inteligencia humana y de la civilización, y dicen: La tribuna es indestructible. Pero se engañan; las tribunas pueden derribarse. Llega un traidor con soldados, concertado con una banda de bandidos; se desenmascaran, hacen fuego, invaden el santuario, dispersan el mármol y las piedras; y el palacio y el templo, donde la gran nación hablaba al mundo, queda arruinado; y el inmundo tirano, vencedor, aplaudiendo su propia obra, se dice: "Me he apoderado de todo; todo el mundo callará; nadie hablará contra mí en lo sucesivo". Ciudadanos, el tirano se equivoca también. Dios no permite ese silencio. Dios no permite que se calle la libertad, que es su verbo. Cuando los déspotas triunfantes creen que todos los hombres van á callar, Dios concede la palabra á las ideas y reconstruye la tribuna destruida; no en medio de la plaza pública, ni de granito, ni de mármol, sino en la soledad, y la reconstruye con la yerba del cementerio, con la sombra del ciprés, con el montículo siniestro que forman los ataúdes; y en esta soledad, de la yerba, del ciprés y de los ataúdes sale el grito desgarrador de la humanidad, la denuncia y el testimonio; la acusación inexorable que hace palidecer al reo coronado; sale la formidable protesta de los muertos. Sale la voz vengadora é inextinguible que nadie puede ahogar ni amordazar. Bonaparte hizo callar á la tribuna, pero no podrá hacer callar al sepulcro. El y sus cómplices nada han conseguido mientras se oiga salir un suspiro de una tumba, mientras se vea saltar una lágrima de los ojos augustos de la compasión.

Esta palabra que acabo de pronunciar, la compasión, sale del fondo de mis entrañas ante el cadáver de una mujer, de una hermana y de una mártir. No venero en Luisa Julien á una mujer, sino á la mujer de nuestros días, que es digna de ser ciudadana; á la mujer tal como la vemos á nuestro alrededor, llena de ternura, de sacrificio y de majestad. En los tiempos futuros, en la República fraternal y social del porvenir, el papel que desempeñará la mujer será grandioso, y es un magnífico prelude que preparen ese papel semejantes mártires. Hemos dicho y repetido que el siglo diez y ocho proclamó el derecho del hombre, y

que el siglo diez y nueve proclamará el derecho de la mujer; pero es preciso confesar que no nos hemos apresurado á conseguirlo: nos han detenido muchas consideraciones graves que deben examinarse atentamente; porque hasta en estos momentos, en los que ha avanzado mucho el progreso, y entre demócratas y republicanos puros, hay muchos que rehusan admitir en el hombre y en la mujer la igualdad del alma humana, y por consecuencia la asimilación, si no de identidad completa, á lo menos de los derechos cívicos. Digámoslo en alta voz: mientras ha imperado la prosperidad, mientras la República estuvo en pie, nos hemos olvidado de las mujeres, y ellas se han olvidado de sí mismas, se han limitado á alumbrar como la luz, á dar calor á los espíritus, á enternecer los corazones, á despertar el entusiasmo, á enseñar á todos lo bueno, lo justo, lo grande y lo verdadero. No han ambicionado otra cosa. Siendo como son la imagen de la patria viva, podían ser el alma de la ciudad, y se han contentado con ser sencillamente el alma de la familia. Pero al sonar la hora de la adversidad han cambiado de actitud, han dejado de ser modestas, y nos han dicho: "Ignoramos si tenemos derecho á conseguir vuestro poder, vuestra libertad y vuestra grandeza; pero sí que sabemos que tenemos derecho á participar de vuestra miseria, de vuestra desgracia, de vuestros sufrimientos y de vuestro destierro, y reclamamos ese derecho". Por eso nos siguen en el combate, nos acompañan en la proscrición y nos preceden en la tumba.

Ciudadanos, ya que quisisteis que hablase otra vez en nombre vuestro, y vuestro mandato dá á mi voz la autoridad que falta á la palabra del individuo, ante la tumba de Luisa Julien, como hace tres meses ante la tumba de Juan Bousquet, lanzaré para terminar el grito de coraje, de insurrección y de esperanza.

Tumbas como la de esta noble mujer significan y predicen la caída próxima de los verdugos, la inevitable ruina de los despotismos y de los déspotas. Los proscritos mueren uno tras otro; el tirano les cava la fosa; pero llegará un día en que de repente la fosa atraiga y se trague al enterrador.

Ese día será execrado Luis Bonaparte. No levantaremos para él cadalsos cuando consigamos la victoria, pero condenémosle á larga é infamante expiación. Malditos sean en todos los climas y bajo

todos los cielos, en Francia, en Austria, en Lombardía, en Sicilia, en Roma, en Polonia y en Hungría, los violadores de la ley divina y del derecho humano. Malditos sean los que proscriben á los padres, á las madres y á los hijos. Malditos sean los que azotan á las mujeres. Seamos implacables, ciudadanos, en las solemnes y religiosas reivindicaciones del derecho y de la humanidad. El género humano necesita estos apóstrofes terribles y la conciencia universal estas santas indignaciones. Execrar á los verdugos es consolar á las víctimas; maldecir á los tiranos es bendecir á las naciones.

III.

Vigésimo-tercero aniversario de la revolución de Polonia.

Jersey, Noviembre 1853.

Hermanos míos proscritos:

Todo camina, todo avanza, todo se aproxima, y os digo con gran alegría que ya aparecen visibles los síntomas precursores de un gran acontecimiento. Regocijaos, proscritos de todas las naciones, ó mejor dicho, proscritos de la gran nación única que constituirá el género humano y que se llamará República universal. El año pasado solo podíamos invocar la esperanza; este año casi podemos asegurar la realidad. El año pasado nos limitábamos á decir: La idea resucitará. Este año podemos casi afirmar que la idea resucita.

Admiremos cómo y de qué manera vá á resucitar.

Ciudadanos, existe en Europa un hombre que pesa sobre ella; que es á un tiempo príncipe espiritual, señor temporal, déspota, autócrata, que le obedecen en el cuartel, que le adoran en el monasterio, que es jefe de la consigna y del dogma, y que mueve, para aniquilar las iniquidades del continente, un imperio que posee la fuerza de sesenta millones de hombres. Tiene en sus manos esa fuerza, y dispone de sesenta millones de hombres como de instrumentos. Participa de la doble cualidad eclesiástica y militar; viste de uniforme á las almas y á los cuerpos y les dice: Marchad, y marchan; les dice: Creed, y creen. Este hombre, en política es absoluto y en religión ortodoxo; es la expresión suprema del poder humano: tortura como le dá la

gana á pueblos enteros; le basta hacer un solo signo para vaciar la Polonia en la Siberia; cruza, mezcla y ata todos los hilos de la inmensa conspiracion de los príncipes contra los hombres; fué á Roma, y siendo Papa griego, dió el ósculo de alianza al Papa latino; reina en Berlin, en Munich, en Dresde, en Stuttgart, en Viena, como en San Petersburgo; es el alma del emperador de Austria y la voluntad del rey de Prusia, y lleva á remolque á la antigua Alemania. Ese hombre se parece al antiguo rey de los reyes; es el Agamenon de la nueva guerra de Troya que los hombres del pasado hacen á los hombres del porvenir; es la amenaza salvaje de las sombras á la luz, del Norte al Mediodía. Ese monstruo de omnipotencia, que es emperador como Carlos V y Papa como Gregorio VII, tiene en las manos una cruz, que termina en espada, y un cetro, que termina en knout.

Ese príncipe soberano, Nicolás de Rusia, es en estos momentos el representante del despotismo, es su cabeza; Luis Bonaparte solo es la máscara.

En este dilema, riguroso como un decreto del destino, de que ha de ser la Europa republicana ó cosaca, Nicolás de Rusia encarna á la Europa cosaca y se coloca frente á frente de la revolucion.

Ciudadanos, meditemos esto. Sabemos que lo necesario llega siempre, ¿pero por qué camino? Esto es lo admirable, y sobre esto llamo vuestra atencion.

Parecia que habia triunfado Nicolás de Rusia; restaurado el vetusto edificio del despotismo, dominaba otra vez en Europa, siendo en la apariencia más sólido que nunca, teniendo por base la muerte de diez naciones y por coronamiento el crimen de Bonaparte. La Francia, que el gran poeta inglés llama "el soldado de Dios", está en el suelo, desarraigada, agarrada y vencida; parecia que el autócrata de Rusia podia descansar saboreando su victoria. Pero desde Pedro dominan á los czares dos ideas, el absolutismo y la conquista. Nicolás satisfizo el primero y piensa en la segunda. Tenia á su lado, casi á sus piés, un príncipe apocado, un imperio envejecido y un pueblo endeble por su falta de adherencia á la civilizacion europea. Y extendiendo el brazo hácia Constantinopla, alarga la garra hácia esa presa. Olvidando la dignidad, el pudor y el respeto á sí mismo y á los demás, ha enseñado bruscamente á Europa las cínicas desnudeces de su ambicion. El coloso se encar-

niza con una ruina y dice: "Me apoderaré de Constantinopla; eso es fácil, es injusto, pero me conviene."

Qué ha sucedido? Que el sultan, levantándose, le mira cara á cara, y consiguen la astucia y la violencia de Nicolás procurarse contra sí la gran fuerza que al adversario le dá la desesperacion. La revolucion, como un rayo dormido, estaba allí. El turco, el príncipe apocado y débil, el sultan, que abofeteó Mentschikoff y que Gortschakoff escupió, se arrojó sobre el rayo y se apoderó de él.

En estos momentos lo sacude y consigue cambiar los papeles; y ahora Nicolás es el que tiembla, y los tronos se conmueven, y los embajadores de Austria y de Prusia se van de Constantinopla y se forman las legiones polonesas, húngaras é italianas, y se estremecen la Rumanía, la Transilvania y la Hungría; la Circasia se subleva como la Polonia, porque todos, pueblos y reyes, reconocen la luz centelleante que aparece en el Oriente, y saben que lo que brilla en este instante en la mano desesperada de la Turquía no es el viejo sable mellado de Othman, sino el resplandor espléndido de las revoluciones.

Sí, ciudadanos, la revolucion acaba de pasar el Danubio, y se han estremecido el Rhin, el Tíber, el Vístula y el Sena.

Proscriptos, combatientes de todas las épocas, mártires de todas las luchas, aplaudid el inmenso quebrantamiento que empieza y que nada detendrá. En estos momentos levantan la cabeza todas las naciones que creian muertas. El despertar de los pueblos es el despertar de los leones.

Esa guerra estalla por el motivo de un sepulcro del que todo el mundo quiere la llave. Pero los reyes ignoran qué son esas llaves y qué es ese sepulcro. Ciudadanos, ese sepulcro es la gran tumba donde está encerrada la República, que se ha puesto ya en pié y vá á salir de ella. ¿En qué manos caerán las llaves que han de abrir el sepulcro? Se las disputan los reyes, pero se apoderará de ellas el pueblo.

Estallará la guerra, porque las negociaciones, los protocolos, los ultimátums y los armisticios no lo podrán evitar. Lo hecho está hecho. Lo que empieza ha de acabar. Desesperado el sultan, se ha agarrado á la revolucion, y la revolucion se apodera de él y ya no depende de su voluntad librarse de la terrible ayuda que reclamó. Cuando el hombre se

confía á un arcángel, el arcángel le hace volar con sus alas.

Será cosa chocante ver que quizás un sultan consiga derribar los tronos, y que á eso le haya provocado el czar: no diré que Nicolás lo quiera, pero sí que será acaso la causa de la ruina de los tronos, que traerá la confederacion de los Pueblos-Unidos. La Europa cosaca hará surgir á la Europa republicana, y el gran revolucionario actual será Nicolás de Rusia.

¿No tenia razon para decirnos que era providencial la marcha de los sucesos? Sí, la Providencia nos conduce hácia el porvenir á través de la oscuridad. Mirad y oid el movimiento de todo, que empieza á ser formidable. El siniestro sábado del absolutismo pasa como una vision nocturna. Las filas de patíbulos empiezan á desprenderse en lontananza, los cementerios entrevistos aparecen y desaparecen, las fosas que encierran á los mártires se abren, todo parece que se mueva entre un torbellino de tinieblas, en las que se oye este grito misterioso: Los reyes se van de prisa.

Proscriptos, esperemos la hora que vá á sonar y estemos preparados. Sonará para las naciones y para nosotros. Entonces saldremos de la tumba que se llama destierro, agitaremos recuerdos sangrientos y sagrados, y en las últimas profundidades las masas se sublevarán contra los déspotas, y vencerán el dere-

cho, la justicia y el progreso; porque la más augusta y la más terrible de las banderas es el sudario en el que los reyes han querido enterrar á la libertad.

Ciudadanos, desde este sitio de adversidad aclamemos al porvenir; saludemos, más allá de las convulsiones y de las guerras, el alba bendita de los Estados-Unidos de Europa, que será una espléndida realizacion. No habrá ya fronteras, aduanas, guerras, ejércitos, proletariado, ignorancia ni miseria; se suprimirán las explotaciones culpables, se abolirán las usurpaciones, se aumentará la riqueza, la ciencia resolverá el problema del bienestar, los problemas del trabajo, del derecho y del deber; habrá concordia entre los pueblos y fraternidad entre los hombres; se proclamarán todos los derechos, el derecho del hombre á la soberanía, el derecho de la mujer á la igualdad, el derecho del niño á la ilustracion; el pensamiento será el único motor y la materia la única esclava. Eso será Europa, quizá mañana, ciudadanos, y el cuadro que acabo de pintaros y que os extremece de alegría es solo un bosquejo truncado y rápido. ¡Oh proscriptos! bendigamos á nuestros padres en sus tumbas, bendigamos las fechas gloriosas que están escritas en esas paredes, bendigamos la santa marcha de las ideas. El pasado pertenece á los príncipes, y se llama Barbarie; el porvenir pertenece á los pueblos, y se llama Humanidad.